



Vol. 22 No. 1

Marzo de 2019

REFLEXIONES DE UNA VIDA DEDICADA A LA DOCENCIA

Dinah María Rochín Virués¹

Facultad de Estudios Superiores Iztacala
Universidad Nacional Autónoma de México

RESUMEN

En el presente texto me propongo hacer un breve resumen de mi experiencia como profesora universitaria a lo largo de más de cuatro décadas. Ello me permite reflexionar sobre la estrecha vinculación entre mi labor académica y mi propia historia, en las diversas etapas de la vida en los ámbitos personal, político y social.

Si bien relato mis vivencias desde mi ingreso al seno de la comunidad universitaria y, más tarde, como profesora en las tres dependencias que imparten la carrera de psicología en la UNAM, resalto mi labor en la FES Iztacala, donde la estrecha vinculación entre la enseñanza teórica y el servicio social comunitario son elementos distintivos del modelo educativo.

También pretendo analizar mi participación política en momentos claves de la vida universitaria -como lo son las huelgas estudiantiles- como una experiencia formativa que ilustra la estrecha vinculación entre las condiciones reales de existencia de la población y las necesidades de una formación académica acorde a las mismas.

Así, cuando mi labor docente está próxima a concluir, no puedo sino agradecer a mi “*alma mater*” por todas sus enseñanzas y por la gran oportunidad que ha significado el formar parte de ella.

Palabras clave: Vivencias, docencia, política, huelgas universitarias, reflexión personal.

¹ Profesora Carrera, T.C. en la carrera de Psicología de la Facultad de Estudios Superiores Iztacala de la Universidad Nacional Autónoma de México; correo electrónico: dmrochin25@yahoo.com.mx

REFLECTIONS OF A LIFE DEDICATED TO TEACHING

ABSTRACT

In the present article i intend a brief recollection of my experience as a university professor for more tan four decades. This allows me to reflect on the close connection between my academic work and my own personal history, in differents stages of my life and trough personal, political and social spheres.

Although I relate my experiences since my entry into the university community and, later as a teacher at three UNAM institutes, dedicated to teach psychology, I highlight my work at the FES Iztacala, where the close link between teaching theoretical framework and community social service are distinctive elements of the educational model.

I also intend to analize my political participation in key moments of university life -such as the student strikes- as a formative experience that illustrates the close relation between the population real conditions of subsistence and the need of an academic education in accordance with them.

Thus, when my teaching work is nearing its end, Y want to thank my "*alma mater*" for all its teachings and for the great opportunity it has mean to be parts of her.

Key words: Experiences, teaching, politics, university strikes, personal reflexión.

Cuando uno vuelve la vista atrás, se percata del implacable paso del tiempo y percibe la forma como las pequeñas vivencias terminaron hilvanándose para forjar una compleja historia de vida. En mi caso, acuden a la memoria un cúmulo de recuerdos donde, la gran mayoría, se enmarca en mi tarea como educadora en una etapa fundamental de la vida de los jóvenes mexicanos; de los cuales, solo una muy pequeña parte tiene la suerte de conseguir un espacio en la universidad más importante de nuestra América Latina: la Universidad Nacional Autónoma de México.

Cuando se ha invertido buena parte de la propia historia en un proyecto educativo, se llega el momento en que una tiene que darse el tiempo de reflexionar y mirar críticamente los acontecimientos que fueron forjando esa vida académica. No se trata solo de las motivaciones personales; en la decisión de permanecer dando clases en las aulas universitarias, convergen factores sociales, políticos y económicos que dan sentido a ese interés por ser maestra.

En este año se cumplen cincuenta años del histórico Movimiento Estudiantil de 1968. Las generaciones que, para ese tiempo, ya formábamos parte de la comunidad universitaria, quedamos fuertemente marcadas por estos acontecimientos de violencia y arbitrariedad gubernamental que culminaron con una masacre que derramó la sangre joven de quienes luchaban por un ideal.

Estos hechos tuvieron un gran impacto en la población general lo que, paulatinamente, fue transformando el panorama social y creando una mayor conciencia entre la ciudadanía, especialmente en aquella que recién arribábamos a la mayoría de edad. De alguna forma, los estudiantes de los años setenta, fuimos beneficiarios de esta lucha, en la medida en que la universidad abrió sus puertas a una gran cantidad de jóvenes de muy diversas posiciones sociales, muchos de los cuales éramos los primeros de las familias en pisar las aulas universitarias.

Quizás por el entorno histórico que flota en el ambiente y, también por mi edad, he sido invitada a participar en diferentes foros que intentan recoger las experiencias de personas que, como yo, hemos tenido la maravillosa oportunidad de formar parte de las transformaciones que la UNAM ha vivido en las últimas décadas.

En este nuevo ejercicio reflexivo, intentaré hacer un recuento de algunos de los momentos destacados, de mí andar por las aulas universitarias. Y para ello, haré un largo viaje en el tiempo para ubicar mis orígenes y las circunstancias que me han motivado para dedicar mi vida a la docencia universitaria.

DE LA CASA DE MUÑECAS A LAS AULAS UNIVERSITARIAS.

Llegué tardíamente a una familia con padres de edad avanzada. Si bien no fui hija única, viví mi infancia como si lo fuera, por la gran diferencia de edad con mis dos hermanos mayores, varones ambos.

Mi madre, una mujer muy adelantada a su época, trabajaba de tiempo completo, mientras yo quedaba a cargo de mi abuela octogenaria. Me acompañaban en mis juegos, muchas muñecas. Yo las sentaba simulando un salón escolar y les daba clases. Seguramente fueron los inicios de una vocación docente que me traería grandes satisfacciones, a lo largo de mi trayectoria como docente universitaria.

Como muchos jóvenes de los años sesenta, fui la primera persona de mi familia en cursar estudios superiores. Cuando ingresé a la Escuela Nacional Preparatoria No. 4, "Vidal Castañeda y Nájera", tomé conciencia de que me integraba a la prestigiosa Universidad Nacional Autónoma de México, dejando atrás mi formación en escuelas religiosas. ¡Desde el primer día me sentí deslumbrada por el ambiente de libertad que se respiraba en las aulas de mi querida Prepa!

Mis vivencias juveniles en el movimiento estudiantil de 1968 marcaron, definitivamente mis posiciones políticas e ideológicas. A mis experiencias de participante en asambleas estudiantiles y en acciones de difusión de los ideales del movimiento, se sumó la situación geográfica de vivir a escasas cuadras de las instalaciones del Instituto Politécnico Nacional en Santo Tomás, lo que me hizo partícipe de la represión brutal que se vivió en esas escuelas.

Apenas recuperados del impacto de sentir que nuestra juventud era un delito, regresamos a las aulas universitarias, con el amargo sabor de la derrota, pero con una nueva visión de lucha para cambiar esas condiciones de injusticia social.

Cuando decidí estudiar la carrera de Psicología, al inicio de los años setenta del pasado siglo, no alcanzaba a vislumbrar el enorme privilegio que significaba el asistir a la Ciudad Universitaria. Siempre fui una estudiante aplicada que valoraba el esfuerzo y la ilusión de mi madre para que yo alcanzara un título profesional. Sin embargo, aún hoy, lamento -un poco- haber dedicado tanto tiempo al estudio y no haber disfrutado más de la oferta cultural y política que proliferaba en el entorno universitario. De cualquier forma, mi paso por las aulas me abrió los ojos para descubrir el amplio mundo de las ideas, de las disertaciones y de la acción, enmarcada en el campo de la psicología.

Aun cuando el modelo teórico dominante en el Colegio de Psicología, de la Facultad de Filosofía de la UNAM era el psicoanálisis, ya era notoria la influencia del grupo conductista que encabezaba el Dr. Emilio Ribes Iñesta. Así, mi formación incluyó tanto la visión de filósofos, psiquiatras y psicoanalistas, como la teoría y las prácticas de laboratorio experimental de la conducta, dirigidas por un grupo de muy jóvenes académicos.

Estando a la mitad de la carrera empecé a trabajar en el ámbito profesional, como psicóloga en el Instituto Nacional de Comunicación Humana, dependiente de la, entonces, Secretaría de Salubridad; un trabajo que me permitió aplicar los conocimientos adquiridos en las clases, pero también, entender la complejidad del ser humano y la enorme responsabilidad del trabajo psicológico.

Para cuando estaba por concluir mis créditos en la facultad, recibí una invitación para integrarme como ayudante de profesor en el área de la psicología educativa. Así, justo cuando concluí con mi última materia del plan curricular, me inicié como docente en la Facultad de Psicología.

Tuve la oportunidad de participar en el diseño de los planes de estudio para la flamante Facultad, que recién se independizaba de su pertenencia a la Facultad de Filosofía, e iniciaba una vida autónoma.

Siempre agradeceré a mis primeros alumnos -entre quienes se cuentan destacados compañeros académicos y amigos- su paciencia para mis errores de maestra novata y su disposición para construir, en conjunto, un modelo de enseñanza donde aprendíamos los unos de los otros.

PROYECTOS INNOVADORES Y CONCIENCIA SOCIO-POLÍTICA

Si bien disfrutaba mucho de mi labor docente en la facultad, las condiciones laborales no eran muy propicias para desarrollar una carrera académica con una relativa estabilidad laboral. Las recién creadas Escuelas Nacionales de Estudios Profesionales (ENEP), ubicadas en la periferia de la ciudad, tenían poco de haber iniciado sus labores y así, comencé a vislumbrar la posibilidad de integrarme a trabajar en alguna de ellas.

Aunque mis amigos más cercanos trabajaban en el plantel Iztacala, decidí tocar puertas en la ENEP Zaragoza; entonces a cargo del Mtro. Carlos Fernández Gaos. Mi experiencia docente fue una carta fundamental para lograr una contratación inmediata. Así tuve la oportunidad de acompañar a la primera generación de psicólogos, formados en este novedoso modelo educativo, hasta culminar de su formación profesional.

La diferencia fundamental entre la Facultad de Psicología y estas nuevas escuelas profesionales radicaba en una clara visión social de la psicología y en un modelo pedagógico que enfatizaba la práctica como el elemento fundamental del aprendizaje en nuestros estudiantes.

No puedo evitar una sonrisa nostálgica al recordar las discusiones académicas en torno a los programas de intervención comunitaria, en las inmediaciones de Ciudad Netzahualcóyotl. Un grupo de profesores se abocaron a promover huertos familiares con las familias de escasos recursos. En broma, algunos denominábamos al proyecto “Rabanitos I” El proyecto promovió la siembra de hortalizas y, a lo largo del semestre, se enfatizaba el trabajo comunitario como una forma de mejorar la calidad de vida de las familias. Un pequeño error de cálculo derivó en que los rábanos sembrados en una tierra salitrosa como la del oriente de la ciudad, fueran de un tamaño diminuto; finalmente sirvieron para aderezar el pozole que las familias, amablemente, prepararon para agradecer a alumnos y maestros universitarios.

Por mi parte, me hice cargo del programa de Educación Especial; mismo que desarrollábamos en varias clínicas multidisciplinarias con las que contaba la ENEP Zaragoza. Era un trabajo muy gratificante el apoyar a las familias con niños que presentaban alguna discapacidad, a lograr una mejor estimulación que se tradujera en un importante avance en el desarrollo de sus pequeños. El modelo de intervención pretendía ser integral y por ello no solo se abocaba al trabajo con los pequeños sino que se promovía la participación familiar para dotarlos de herramientas metodológicas que les permitieran continuar el trabajo en casa y así lograr dos objetivos: el mejoramiento en las limitaciones de los menores y una participación familiar que trascendiera la visión de una problemática específica, para ubicarla como un estilo de vida donde cada miembro desempeñaba labores importantes para el beneficio común.

Las condiciones sociales de la comunidad con que trabajábamos eran muy precarias: Calles sin pavimentar que se anegaban en la temporada de lluvias, permitiendo la reproducción de batracios que, precautoriamente, brincaban esquivando nuestros pasos; niños en muy malas condiciones de sanidad y con

una desnutrición evidente y, en definitiva una situación de inseguridad que, tal vez por nuestra juventud y nuestra disposición para aportar nuestros conocimientos, no lograba intimidarnos para adentrarnos por esas calles lodosas y esos barrios de población paupérrima que a diario emigraba del campo mexicano en busca de una mejoría en sus situaciones de vida.

En los aspectos teóricos, los académicos desarrollábamos modelos de verificación que nos permitieran incentivar la participación de nuestros alumnos y generar una discusión crítica y propositiva de los materiales de lectura. Con la idea del aprendizaje basado en objetivos (muy conductuales), llegamos al extremo de plantear que los alumnos solo podían obtener la calificación de aprobado, si cumplía estrictamente con todos los objetivos planteados, o reprobado, si no lograba cubrirlos todos. Por fortuna las exigencias administrativas de la universidad nos obligaron a flexibilizar nuestros *dogmáticos* criterios de acreditación!

Por otra parte, la cercanía de edad entre estudiantes y maestros nos convertía, de hecho, en una comunidad de aprendizaje conjunto, que se esforzaba por lograr una formación de calidad para ofrecer un buen servicio psicológico a las comunidades que nos brindaban su confianza.

Mis actividades docentes ocupaban casi todo mi tiempo y no pude percatarme que al interior del grupo académico que comandaba la carrera, se gestaban conflictos políticos que, finalmente, culminaron con la salida del coordinador de ésta. Mi renuncia, planteada en condiciones de solidaridad, no fue aceptada y permanecí por un tiempo más, colaborando con la nueva dirigencia académica. Sin embargo, fueron estos acontecimientos los que me permitieron darme cuenta de la importancia y la vinculación entre la educación y la política. De esta nueva conciencia, surgió el proyecto de editar un periódico estudiantil, donde participaban varios de mis alumnos destacados y que yo coordinaba, desde un poco creíble anonimato... Desde las páginas del periódico *Regeneración*, -nombre con clara alusión a la publicación de los hermanos Flores Magón- criticábamos las acciones de las autoridades universitarias, entrevistábamos a personajes relacionados con la educación pública y abríamos el espacio para la expresión

estudiantil en torno a sus problemáticas, especialmente en el marco de un cambio curricular que se pretendía implementar por esos tiempos. Para ilustrarlo, contábamos con la invaluable colaboración de “Pancho”, un estudiante con grandes cualidades para la elaboración de caricaturas. Emulando a la revista *Proceso*, también incluíamos una breve sección cultural donde solía ser yo quien reseñaba alguna película, interesante por su contenido psicológico.

Sin duda, las experiencias docentes y humanas que viví durante mi permanencia en la ENEP Zaragoza sirvieron para delinejar, tanto mi formación académica como para definir mi posición ideológica enmarcada en mi trabajo profesional.

En términos de satisfacción personal, creo que podría haberme quedado ahí por más tiempo, sin embargo, la enfermedad en fase terminal de mi madre y mi primer embarazo, me llevaron a pensar en la posibilidad de cambiar de plantel universitario. Fue así como llegué a trabajar a la ENEP Iztacala; un espacio académico que se distinguía por su presencia destacada en congresos y publicaciones.

EL TRABAJO COMUNITARIO COMO ESENCIA DE LA FORMACIÓN PROFESIONAL

Desde mi arribo a la comunidad docente me integré a un proyecto comunitario que, en su momento, suplía la carencia de espacios de educación preescolar, públicos, en Los Reyes Iztacala. El Jardín de niños “Macehualli”, tuvo su origen en un frustrado plan para atender a la comunidad, pero, a la vez, pretendía ser un espacio de atención para los hijos pequeños de los trabajadores de la ENEP, quienes no contábamos con una guardería por parte del sindicato. Los requerimientos de una guardería eran imposibles de cubrir sin un fuerte apoyo institucional (que no se brindó), por lo que el proyecto quedó circunscrito a la educación preescolar, aunque vista de un modo integral, sin las limitaciones que imponía la normatividad de la Secretaría de Educación para este nivel educativo que, para ese entonces, no tenía carácter de obligatoriedad.

Así, las pequeñas aulas habilitadas en varias casas de la zona dieron cabida a un gran número de pequeños a quienes se les motivaba para una expresión abierta y

creativa. Los estudiantes, a cargo del proceso educativo, se veían obligados a eliminar de su vocabulario la famosa cantaleta: “Un candadito nos vamos a poner”, con la que ellos mismos habían sido entrenados para guardar silencio, se cambió por un trabajo de capacitación para favorecer en los niños una convivencia ordenada y respetuosa hacia sus compañeros. Construimos así una comunidad educativa donde la administración de recursos para el pago de renta, servicios, materiales educativos, limpieza, etc., estaban a cargo de un comité de madres de familia que rendían informes de su gestión en asambleas bimestrales.

Con frecuencia recibía solicitudes de los padres para incluir clases de inglés, a lo que yo contestaba que, en esas edades, la prioridad era aprender correctamente a hablar español. En cambio, incluíamos propuestas innovadoras como talleres de elaboración de material didáctico para los niños preescolares, tales como rompecabezas, dominós, memorias, etc. Con la participación de los niños y las familias, se editaba el periódico *Vocecitas* donde se abordaban temas referentes al desarrollo infantil, salud, entretenimiento, etc. También se organizaba un taller para padres, en horario nocturno para facilitar la presencia de los papás, donde se abordaban temáticas de su interés como cuestiones disciplinarias, desarrollo de hábitos, alimentación saludable e, incluso, educación sexual, tema que se transformó en un taller para los mismos niños, en una época donde la cigüeña y los secretos en torno a la sexualidad, eran la norma cotidiana.

La fama del Macehualli, el “Jardín de niños de la Universidad” se extendió por la colonia, lo que significó un aumento en la demanda de inscripciones. Sin embargo, el criterio de calidad era inflexible. No se aceptaban más de 18 preescolares por nivel, lo que estaba determinado por el propio espacio y por la distribución en mesitas modulares para seis niños por módulo.

El proyecto Macehualli, impulsado por las familias de Los Reyes Iztacala hizo sus mayores esfuerzos de sobrevivencia, pero, finalmente fue derrotado por los niveles de inflación que imperaban en la década de los años ochenta, hasta resultar incosteable. Por fortuna, para entonces, ya se habían instalado dos escuelas oficiales en la zona y también algunas opciones privadas que dieron cabida a nuestros niños, cuando su cierre se hizo inevitable. Por desgracia, ese

proyecto entrañable, sucumbió a los embates de la política económica del país, sin embargo, dejó una profunda huella en las familias que aún me saludan con aprecio y en los jóvenes que, años después, ingresaron a la universidad y de pronto me reconocían como la maestra en su ya lejana formación preescolar.

LA FUERZA DE CAMBIO DE LOS JÓVENES UNIVERSITARIOS

Durante la convulsa década de los ochentas, la política también se manifestaba al interior de la institución universitaria. Ya consciente de la importancia de ésta para la vida académica, comencé a destacar por mi participación en acciones políticas que iban desde mi presencia en la huelga que, por condiciones laborales, sostuvo el STUNAM en 1983; el apoyo a los estudiantes en su lucha por obtener subsidios para las fotocopias que requerían en el desarrollo de sus estudios y, posteriormente en los foros de discusión del polémico documento de análisis del rector Jorge Carpizo, publicado en 1986, llamado *Fortaleza y debilidad de la UNAM* donde, dolosamente y con una visión muy sesgada, nuestro máximo dirigente académico culpaba a estudiantes y profesores, por igual, de un supuesto deterioro en la calidad educativa en la máxima institución del país.

Lo que siguió, fueron arduos meses de discusiones internas en asambleas con la participación de todos los sectores universitarios, así como intervención en marchas, y manifiestos académicos en contra de la de las reformas a los Reglamentos de Pagos, Inscripciones y Exámenes.

Ante la cerrazón de la rectoría, el conflicto derivó en una huelga a principios de 1987. Aún recuerdo, con emoción y sorpresa, la claridad del discurso de los integrantes del Consejo Estudiantil Universitario (CEU) en sus confrontaciones con las autoridades universitarias. ¿Cómo podría haber imaginado, entonces, que muchos de esos jóvenes entusiastas, revolucionarios de su tiempo, ocuparían puestos importantes en las oficinas gubernamentales, en los inicios del siglo XXI?

Ya de regreso a las aulas universitarias, mi trayectoria profesional tuvo cambios interesantes. Terminado el proyecto de educación preescolar, comencé mi participación en instituciones de educación formal. Así trabajé, coordinando a mis grupos de estudiantes en varias escuelas primarias, secundarias y escuelas de

educación media, en la zona de Tlalnepantla. Me resulta especialmente grato recordar la labor que realizábamos con jóvenes adolescentes.

La energía que se genera en la interacción de futuros profesionales de la psicología y jóvenes, menores en edad apenas un lustro, es impresionante. El entendimiento que nace de un trabajo de “Jóvenes trabajando con jóvenes” -como decidimos bautizar a este proyecto- surge de manera espontánea; la empatía con los problemas que atraviesa esa nueva generación y los nexos de confianza y simpatía, resultan muy útiles para lograr un trabajo conjunto de reflexión profunda y la generación de respuestas y alternativas reales a una problemática que de alguna forma conocen e incluso, comparten.

¡IMBUIDA EN EL TRABAJO COTIDIANO CON JÓVENES, ME ALCANZÓ LA HUELGA UNIVERSITARIA DE 1999!

Años después reflexionaría que, el conflicto universitario se constituyó “...en un escenario idóneo para estudiar el comportamiento de un sector importante de jóvenes mexicanos, de fin del milenio” (Rochín, 2002; pág. 327). A diferencia de la huelga universitaria previa, el discurso teórico, fundamentado en posturas marxistas, estaba prácticamente ausente. En cambio, la discusión con las autoridades universitarias se sustentaba en demandas muy pragmáticas, vinculadas con la problemática político social que imperaba para finales del milenio:

1.- Un deterioro muy notable de la condición social de las familias mexicanas, en términos de la estabilidad laboral y los bajos salarios para los trabajadores, que contrastaba con la iniciativa -nuevamente- de aumentar las cuotas universitarias.

2.- Una creciente exclusión de los jóvenes para acceder a los niveles de educación superior, de carácter público, especialmente para aquellos provenientes de familias de escasos recursos económicos.

3.- Una evidente vinculación de intereses empresariales en los nuevos modelos de formación profesional impulsada por el Estado, a través de su

injerencia en los procesos de ingreso, acreditación y certificación, lo que representaba un riesgo para la autonomía universitaria.

4.- Una respuesta muy firme de los jóvenes contra las actitudes autoritarias y represivas que se fueron endureciendo a lo largo del conflicto, en la forma de sanciones y, que culminó con una intervención muy violenta en las instalaciones universitarias, dejando un gran número de detenidos, entre docentes y jóvenes estudiantes.

5.- Una exigencia democrática para realizar un Congreso Universitario que con la inclusión de todos los sectores que conforman la institución, arribara a una transformación integral de la UNAM (Rochín, 2002).

La respuesta comunitaria a este impetuoso movimiento estudiantil fue muy destacada. Inmersos en una situación social, económica y política, muy distinta a las décadas anteriores, el conflicto universitario

...recibió enorme apoyo y respaldo por parte de otros movimientos y organizaciones sociales, sindicatos, académicos, intelectuales, artistas, estudiantes y profesores de otras escuelas y universidades, y sobre todo buena parte de la población que se hacía presente por los medios que tuvieran disponibles (Meneses, 2009; pág. 5).

La prensa nacional, a diario daba cuenta de la polarización entre las partes y también entre las posturas públicas a favor de una educación gratuita y las voces que descalificaban el movimiento y lo tachaban de ilegal. El tiempo corría y no se vislumbraba una salida ni una verdadera disposición política para buscar alternativas de solución.

A través de los largos meses que duró el conflicto, se pudo constatar la responsabilidad de los estudiantes en paro para cuidar y proteger el patrimonio universitario. Como un breve ejemplo, en la FES Iztacala, mi espacio de trabajo, los huelguistas aceptaron que muchos académicos ingresaran al plantel para dar continuidad a sus proyectos de investigación.

Si bien el apoyo de la comunidad y de la propia planta docente, hacia los jóvenes - y a las justas razones que dieron pie al movimiento- fue disminuyendo con el paso de los meses, un pequeño grupo de académicos permanecimos cercanos a

quienes asumieron el compromiso de sostener el movimiento local en la facultad y el cierre de las instalaciones. A través de esa convivencia cercana y disfrutando ocasionalmente de una sopa de hongos, recién cortados en las canchas de futbol de la FES-I (receta secreta del chef Moi), se nos permitía a los profesores opinar sobre los rumbos de ese movimiento universitario. Así, muchas veces compartí con ellos mis puntos de vista, en las asambleas donde se determinaban las acciones a seguir. En ocasiones, las posturas entre los estudiantes “moderados” y otros a los que se denominaba “ultras” amenazaban con rupturas internas, lo que paulatinamente fue debilitando la resistencia e incluso la presencia en las “guardias” a cargo de las instalaciones.

Así llegó el esperado año dos mil, con presagios de desastres tecnológicos y con incertidumbres en términos del destino de la universidad y del país mismo, en un año de elecciones que se percibían conflictivas. En el aire se podía percibir que ¡la huelga se acercaba a su fin!

El desenlace brutal, por todos conocido, fue el resultado final de un clima de enfrentamientos entre la comunidad universitaria, alentado desde la recién nombrada rectoría y los altos mandos políticos en el país. Con una cauda de estudiantes presos, una campaña de desprestigio hacia la mayor universidad de América Latina y un inmenso desencanto entre la población universitaria se dio por concluido este episodio de rebeldía juvenil. Sin embargo, queda en mi recuerdo la satisfacción de que esa generación (hoy llamada Millenials), la que se caracterizaba por su desinterés y su tendencia a vivir con urgencia su presente, nos demostró su valor y su preocupación por dejar a las generaciones que les seguirían, un ejemplo de lucha por preservar los valores sociales y preservar una educación universitaria de calidad, accesible para todos y todas.

EL ÚLTIMO TRAMO DE MI VIDA ACADÉMICA

Ahora que hago el recuento de mis labores docentes, encuentro que mi trabajo académico ha tenido una estrecha vinculación con mis propias etapas de vida. Cuando yo llegué a Iztacala, tenía una hija de apenas unos meses de edad; el tiempo que trabajé en las escuelas de la zona, se corresponde con el lapso en que

mis hijas cursaban su educación primaria y así, a lo largo de los años, resulta que mis funciones maternales se veían enriquecidas con la experiencia derivada de un trabajo universitario, orientado siempre a poblaciones que compartían edades e intereses similares a los de mis propias hijas, hasta la etapa de su formación universitaria.

Así, el abanico de instituciones educativas que los estudiantes a mi cargo -en la FES Iztacala- y yo, hemos cubierto a lo largo de más de cuatro décadas de docencia es muy amplio; va desde esa experiencia primera en preescolar, los distintos momentos de la educación básica, hasta culminar con el trabajo dirigido a poblaciones universitarias en la SEP, el Instituto Politécnico Nacional y la propia UNAM.

Hace más de una década que me cuestiono sobre la posibilidad de dar por concluida mi labor universitaria; varios factores inciden en que hasta hoy no haya tomado esa decisión definitiva (pero eso es otra historia que no viene al caso en este escrito). Lo importante es que, ya con la perspectiva de un retiro próximo, caí en la cuenta de que había una población olvidada por las prácticas educativas y que, como en los casos anteriores se relacionaba muy claramente con mi etapa de vida: el trabajo con adultos mayores.

Desde mi infancia siempre me resultó fácil relacionarme con las personas mayores; no en vano tenía el entrenamiento de la convivencia diaria con mi abuela nonagenaria, mis padres y sus amigos -entrados en años- y hasta los vecinos de la antigua colonia Roma, que habitaban grandes casas construidas a principios del siglo XX.

En nuestros tiempos, basta mirar a nuestro alrededor para percibirse del envejecimiento creciente de la población. El aumento de la esperanza de vida se ha traducido en un incremento importante en la cantidad de personas que alcanzan edades longevas. Sin embargo, las políticas gubernamentales han sido tardías, por no decir que inexistentes, para brindar a estas personas una oportunidad de vida digna, en el final de sus días.

Así, nuevamente coincidiendo con la etapa de mi vida cercana a la vejez, encontré que tenía una “asignatura pendiente”: el trabajo con adultos mayores. Por ello me

abocué a diseñar un proyecto de atención integral que pudiera ofrecer a las poblaciones de tercera edad, un servicio psicológico de calidad, atendiendo sus necesidades de conservación de sus facultades físicas, estimulando su desempeño cognitivo, su creatividad y potencializando las cualidades del trabajo grupal para generar lazos de solidaridad que estimulan la socialización y la expresión emocional.

Estoy convencida de la necesidad de formar psicólogos, sensibles y altamente capacitados para atender a este grupo poblacional que, en las siguientes décadas, demandará una atención profesional experta.

El proceso de vinculación entre generaciones distantes en edad no resulta sencillo, en sus primeros momentos. El culto por la juventud y sus cualidades de fuerza, belleza y eficiencia, contrastan con el concepto de paulatino deterioro que, socialmente, se impone a las personas de edad avanzada. De ahí que los jóvenes universitarios perciban a la vejez como una etapa de múltiples carencias, emociones negativas y escasas oportunidades de aprendizaje.

En un ejercicio habitual en mis prácticas, solicito a mis alumnos el responder un cuestionario respecto a sus percepciones sobre la vejez, siendo un requisito indispensable el no consultar ninguna lectura sobre el tema. Los resultados son por demás interesantes: Su visión acerca de las personas en vejez es en extremo catastrófica, sus experiencias con este grupo poblacional se polarizan entre gratos recuerdos de vida con los abuelos (particularmente con las abuelas) y nulo contacto con las personas viejas que se ubican en su entorno. La respuesta más significativa es que son incapaces de visualizar su propia vejez, expresando temor ante la posibilidad -muy alta- de llegar a esa etapa de la vida, en condiciones de deterioro físico, soledad y precariedad económica.

Ese panorama negativo cambia radicalmente cuando los estudiantes entran en contacto con grupos de adultos mayores que se han logrado conformar en auténticos promotores de su aprendizaje y que muestran un alto grado de solidaridad entre ellos. Los jóvenes se sorprenden de encontrarse con personas muy alegres, receptivas al aprendizaje, participativas y ampliamente dispuestas para compartir sus experiencias de vida con los jóvenes estudiantes.

El trabajo con adultos mayores ha sido, quizás, el que mayores satisfacciones profesionales y personales ha traído a mi vida. Podría evocar muchas anécdotas para ilustrar el impacto que nuestro trabajo ha tenido en las personas que conforman los grupos de adultos mayores. Muchas de ellas llegan a los grupos en condiciones críticas, ya sea por situaciones de enfermedad, por el abandono afectivo de sus familiares o atravesando circunstancias de duelo por la pérdida de un miembro importante de su familia. El soporte del grupo, aunado al ímpetu de los jóvenes, realiza en breve tiempo el “milagro” de reintegrarlos a la vida, con renovados ánimos y nuevas metas.

Nuestro trabajo en los últimos tiempos se ha orientado a capacitar a las personas -que pueden identificarse como líderes dentro de sus grupos- para que asuman la responsabilidad de coordinar sus propias experiencias de trabajo psicológico. Ello recuerda los viejos tiempos en que Iztacala impulsaba proyectos “profesionalizantes” que implicaban que se dotara a las personas con las herramientas metodológicas básicas, para que adquirieran autonomía e independencia, mientras los psicólogos se ocupaban solo de apoyar y monitorear estos procesos grupales. Confío en que este trabajo autogestivo perdure muchos años y que logre reproducirse en nuevos grupos que vayan enriqueciendo el modelo para favorecer a esa población creciente de personas mayores.

REFLEXIONES FINALES

Al igual que muchos compañeros docentes, me integré al cuerpo académico de la universidad con la misión de construir un novedoso proyecto académico que situara a la psicología mexicana como un puntal en América Latina. Las mujeres llegamos con faldas muy cortas y los hombres con el cabello largo; todos empeñados en forjar una psicología comprometida con el pueblo que sufragó los costos de nuestra formación universitaria.

Nuestra querida universidad nos apoyó de la forma más noble: aceptó nuestras propuestas innovadoras, impulsó nuestro crecimiento profesional y nos acogió en el seno de una comunidad académica que se tornó parte de nuestra familia.

El tiempo pasó y nos encaneció las sienes, modificó nuestro vestuario e inició una silenciosa merma de nuestra salud, pero en nosotros se mantiene intacto el espíritu que impulsa nuestra labor docente, de investigación y servicio.

Por desgracia, en algunas ocasiones la universidad nos muestra un rostro nuevo y desconocido que parece desconocer nuestra valía; cuando somos tratados con prepotencia, nos sentimos vigilados e incluso amenazados en nuestras condiciones laborales.

¡Somos conscientes de la necesidad de que la sangre joven dé un nuevo impulso a los programas universitarios, en estos tiempos de tecnología creciente y nuevos modelos educativos! Pero, también tenemos clara nuestra importante aportación en la formación de muchas generaciones de profesionales y, por ello, tenemos la urgencia de que se fortalezca un programa de retiro digno para quienes hemos dedicado nuestras vidas, a la labor docente en las aulas universitarias.

Así, en las postrimerías de mi labor docente, concluyo que mi larga estancia en la universidad ha sido SIEMPRE, ¡un privilegio! La maravillosa tarea de enseñar y aprender de mis alumnos; la oportunidad de cumplir con mis metas profesionales, a la vez que fortalecía mis experiencias de vida; la posibilidad de vincular mis ideales con el trabajo comunitario, son dos facetas de una misma postura ideológica que me lleva a creer en el ser humano como el motor de todo cambio.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

Acuña, A. (1987) Cronología del movimiento estudiantil de 1986-1987. *Cuadernos Políticos*, (número 49/50). Pp- 86-96. México, D. F., enero-junio 1987.

Disponible en la web:

https://www.ses.unam.mx/docencia/2012II/Acuna_CronologiaDelMovimientoEstudiantil.pdf

Del Rio, M, Bandín, X y González L. (1988). Hacia el Congreso Universitario. UNAM. Disponible en la web:

<https://www.ses.unam.mx/docencia/2006I/Lectura30.pdf>

Meneses, M. Memorias de la huelga estudiantil en la UNAM 1999-2000. VIII Jornadas de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. *Asociación Latinoamericana de Sociología*, Buenos Aires. Disponible en la web:
<http://cdsa.aacademica.org/000-062/1648.pdf>

Pérez, J. E. Treinta y dos años de lucha sindical en la UNAM. Recuperado de: <http://www.stunam.org.mx/8prensa/legadosindical/legado0109/legado2.htm>

Rochín, D. M. (2002). La huelga universitaria, ¿Una manifestación de las culturas juveniles de fin de milenio? En: Nateras, A. (Coord.) **Jóvenes, culturas e identidades urbanas**. UAM/Miguel Ángel Porrúa, Edit. p. 327.

Trejo Delarbre, Raúl. La accidentada ruta hacia el Congreso Universitario de 19990. Disponible en la web: [file:///C:/Users/Hp/Downloads/48925-134215-1-PB%20\(1\).pdf](file:///C:/Users/Hp/Downloads/48925-134215-1-PB%20(1).pdf)